

Seis ensayos de Charles Lamb

“Ocurre con Charles Lamb”, decía Julien Green, “como con tantos otros escritores que él amaba: nunca pasarán el Canal de la Mancha. ¿Se conoce a Izaak Walton y a Sir Thomas Browne? ¿Se conoce a Charles Lamb?”

Estas preguntas que Green formulaba hace cincuenta años a los lectores franceses, continúan siendo válidas para los lectores mexicanos aunque (es posible que en Francia no ocurra lo mismo) sólo en parte. Pese a que el nombre de Charles Lamb es poco conocido en nuestro país, podemos decir, sin embargo, que su influencia ha cruzado el Atlántico y, de alguna manera, se encuentra presente en nuestra literatura, quizá desde hace más tiempo del que podamos suponer. Rastrearla, en todo caso, sería más bien tarea del investigador literario y no puede hacerse en un breve espacio que sólo quiere servir como presentación a algunos de los ejemplos más bellos de la prosa de lengua inglesa. Que baste por ahora con decir que la influencia de Lamb, indirectamente, a través de la narración y de la novela inglesa, tiene ejemplos claros en México aún entre algunos escritores contemporáneos. La referencia inmediata sería Salvador

Novo. Como Lamb, Novo tiene esa maravillosa capacidad de construir, a partir de un detalle o un suceso aparentemente trivial, una visión del mundo en que el humor desempeña un papel fundamental, de ninguna manera reñido con la capacidad de observación y análisis. Análisis de nuestros hábitos y costumbres, de nuestros actos e ideas, de nuestra ridícula postura al creer todo el tiempo que la vida es solemne o más trascendente que una carcajada ante el espejo.

No podría decir exactamente si Novo conoció o no los textos de Lamb, pero no faltarían razones para pensar que así haya sido. El lector podría meditar si se trata de una simple coincidencia de talentos y maneras de mirar, el que los títulos de muchos de los ensayos de Novo recuerden aquellos otros de Lamb compilados en *Elia* y *Last essays of Elia*. Por supuesto, no sólo los títulos sino la forma, la asombrosa claridad que ambos autores ganan a las palabras, los acercan más allá del tiempo, fronteras e idiomas. Tanto la escritura de Salvador Novo como la de Charles Lamb, son ejemplos, verdaderas lecciones de escritura. Imposible que un escritor mexicano deje a un lado a Novo. Allá el

que quiera desconocerlo; en realidad, pierde algo de sí mismo, algo que no sabe que sabe y que Novo puede ayudarlo a descubrir fácilmente. Lo mismo sucede en Inglaterra respecto a Lamb, presente en el pensamiento de muchos de los mejores escritores de aquel país—

“¿La literatura? ¿La vida? ¿Convertir la una en la otra? ¡Qué monstruosamente difícil! Pues —ahora pasaban unos gastados pantalones color punzó, ¿cómo los hubiera expresado Addison? Ahora pasaban dos perros bailando en las patas traseras, ¿cómo lo hubiera expresado Lamb?”

(Virginia Woolf, Orlando)

Los ensayos de Lamb se encuentran entre las piezas más hermosas de la literatura mundial. En ellos, literatura y vida se encuentran perfectamente unidos hasta un grado en que se confunden. Y no sólo por su carácter autobiográfico, señalado por los críticos, sino por la perfecta manera en que una expresa a la otra.

Traducción y nota de Rafael Vargas

DE LOS ENSAYOS DE ELIA

LAS DOS RAZAS DE HOMBRES

La especie humana, según la mejor teoría que puedo tener de ella, está compuesta por dos razas distintas: *los hombres que piden prestado* y *los hombres que prestan*. Todas esas impertinentes clasificaciones de tribus góticas y célticas, hombres blancos, negros, rojos, pueden reducirse a estas dos diferencias originales. “Persas, medas y elamitas” se agruparán y caerán naturalmente en una u otra de estas distinciones primarias. La infinita superioridad de la primera, a la cual prefiero designar como *la gran raza*, es discernible en su figura, porte, y en una cierta e instintiva soberanía. Los segundos nacen degradados. “Y servirá a su hermano.” Hay algo en el aire de la primera de estas castas, aguda y suspicaz, contrastante con las abiertas, generosas y confiables maneras de la otra.

Observemos quiénes han sido los más grandes prestatarios de todas las épocas: Alcibíades, Falstaff, Sir Richard Steele, nuestro reciente e incomparable Brinsley. ¡Cuán familiares semejanzas hay en los cuatro!

¡Qué despreocupación e incluso desinhibición hay en el tipo que pide prestado! ¡Qué saludable apariencia! ¡Qué bella confianza en la Providencia! —¡exactamente como las flores! Qué desprecio por el dinero, —para ellos no es (el tuyo y el mío, especialmente) mejor que la escoria. ¡Qué libre confusión de esas pedantes distinciones entre *mío* y *tuyo*! O mejor, ¡qué noble simplificación del lenguaje (más allá de Tooke), resolviendo estas supuestas oposiciones en un claro, inteligible adjetivo! ¡Qué cercanas aproximaciones hace a la primitiva *comu-*

nidad —o a la extensión de una mitad del principio al menos!

Quien pide prestado es el verdadero tasador que “llama al mundo a ser valuado”; y la distancia es tan enorme entre él y *uno de nosotros*, como la que existe entre su augusta majestad y el más pobre judío que pagaba su óbolo en Jerusalén. Sus exigencias, también, ¡tienen un aire tan voluntario y alegre! Tan lejano del aire amargo de los recaudadores eclesiásticos o estatales —¡esos bribones cagatintas que llevan en sus rostros el anhelo de ser bienvenidos! Él, en cambio, se acerca a uno con una sonrisa, y no molesta con recibos, para luego desaparecer en los confines del tiempo. Para él todos los días son fiesta de la Candelaria o de San Miguel. Aplica el *lene tormentum* de una amigable mirada a tu bolsillo, que ante tan gentil calor expande sus hojas de seda, tan naturalmente como la capa del viajero por la cual el viento y el sol combaten. ¡Él es el verdadero pontífice que nunca decae!, es el mar que toma cariñosamente la mano de cada hombre. En vano la víctima, a quien ha deleitado con tal honor, lucha con el destino: está en la red. Por lo tanto, presta alegremente, ¡ah, hombre a quien ha sido ordenado prestar!, pues al final nada perderás, con tus mundanas monedas, de la ganancia prometida. ¡Pero no combines absurdamente en tu propia persona las penalidades de Lázaro y de los dioses! Cuando veas acercarse a la autoridad correspondiente encuéntrala sonriente, como si estuviera ya a la mitad del camino: “¡Vamos, un hermoso sacrificio!” ¡Y ve con cuánto gusto la acepta! No escatimes cortesías con un noble enemigo.

Reflexiones como la anterior llegaron a mi mente provocadas por la muerte de mi viejo amigo Ralph Bigod, quien abandonó la vida un miércoles por la tarde; murió como había



a las brujas y a los cuentos de brujas. Mi nana, más bien mi legendaria tía, satisfacía mi curiosidad sobre el tema. Pero debo mencionar el accidente que originalmente dirigió mi curiosidad hacia ello. En el librero de mi padre, la *Historia de la Biblia*, por Stackhouse, ocupaba un sitio distinguido. Las ilustraciones que en ella abundaban —una del arca, en particular, y otra del templo de Salomón, delineadas con toda la fidelidad de una copia ocular, como si el artista hubiera estado en el lugar—, atraían mi atención infantil. Había una ilustración, también, de la bruja levantando por los aires a Samuel, que quisiera no haber visto nunca. Volveremos a ella un poco más adelante. La edición de Stackhouse consta de dos enormes tomos —y había un cierto placer en hojear páginas de tal magnitud, que con su infinita extensión, apenas podía manejar desde el lugar que ocupaban en uno de los estantes más altos. No he vuelto a encontrar esa obra desde entonces, pero recuerdo que consistía en historias del Viejo Testamento, dispuestas ordenadamente, con una *objeción*, como apéndice a cada historia, y una *solución* a la objeción generalmente añadida a ella. La *objeción* era un sumario de todas las dificultades que se habían alegado en contra de la credibilidad de la historia, por la astucia de los antiguos o modernos infieles, descrita con un casi complementario exceso de candor. La *solución* era breve, modesta, y satisfactoria. Se nos presentaban ambos: tanto el veneno como el antídoto. Parecía que dudas tan expuestas y sometidas tocaban a su fin. El dragón caía muerto bajo el pie del más pequeño niño, parado encima con desprecio. Pero —así como era más temido que auténtico ese monstruo asesino imaginado por Spenser— desde la matriz de los errores aplastados podrían surgir jóvenes dragones, excediendo la proeza de un San Jorge tan tierno como yo para vencer. El hábito de esperar objeciones a cada pasaje, me hizo ponerme a buscar más objeciones, por la gloria de encontrar mis propias soluciones a ellas. Me volví vacilante y perplejo, un escéptico de capa larga. Las hermosas historias bíblicas que había leído, o escuchado en la iglesia, perdieron su pureza y sinceridad de impresión, y se convirtieron en muchas tesis históricas o cronológicas para ser defendidas contra cualquier impugnador. No descreía de ellas, pero —lo que siguió a eso— tenía que estar perfectamente seguro de que uno u otro, podían o habían descreído de ellas. Lo más cercano que existe a volver ateo a un niño, es dejarle saber que existen ateos. La credulidad es la debilidad de un hombre, pero la fuerza de un niño. ¡Oh, qué horrible suenan las dudas sobre las escrituras en boca de un niño! Debo haberme perdido a mí mismo en estos extravíos, y me he consumido, creo, con el inadecuado sustento que constituyen estos desperdicios, pero por una desgraciada fortuna que me aconteció en este momento. Regresando a la figura del arca rápidamente, por desgracia he hecho un agujero en su ingeniosa fabricación —conduciendo mis desconsiderados dedos justo a través de los dos cuadrúpedos más grandes, el elefante y el camello, que miran fijamente (tanto como pueden) a través de las dos últimas ventanas de la proa de esa pieza única de arquitectura naval. Los tomos de Stackhouse fueron guardados desde entonces y se convirtieron en libros prohibidos. Con la pérdida del libro, las *objeciones* y las *soluciones* desaparecieron gradualmente de mi cabeza y raramente han vuelto a mí cuando tengo algún problema. Pero hubo una imagen que se me quedó grabada y que ningún candado o reja pueden encerrar, cuyo destino fue probar mis nervios infantiles muy seriamente. ¡Ese horrible dibujo!

De niño sentía pánico hacia lo que me provocaba miedo.

La soledad nocturna y la oscuridad, eran como el infierno. Los sufrimientos que soporté justifican la expresión. Creo que nunca apoyé mi cabeza sobre la almohada, desde los cuatro a los siete u ocho años de mi vida —al menos según puedo acordarme de cosas tan remotas— sin estar seguro, lo que cumplía mis propios temores, de ver un espantoso fantasma. Lo que debo en parte al viejo Stackhouse, puedo decirlo, gracias a su dibujo de la bruja levantando a Samuel. (¡Oh, ese anciano cubierto con una capa!) No le debo mis temores nocturnos ni mi infierno infantil, sino la forma y maneras de sus visitaciones. Fue él quien me hizo darle figura a esa bruja que por las noches se sentaba sobre mi almohada —y con quien compartía mi cama cuando mi tía o mi nana estaban lejos de mí. Durante todo el día, cuando se me permitía ver el libro, soñaba despierto con su imagen, y de noche (si se me permite utilizar una expresión tan atrevida) despertaba al sueño, y mi visión se hacía realidad. Cuando entraba a la habitación donde dormía, no me atrevía a voltear la cabeza, ni siquiera a la luz del día, sino que miraba hacia la ventana, en sentido contrario hacia la cama donde la bruja montaba como un jinete sobre mi almohada. Los padres no saben lo que hacen cuando dejan a sus hijos pequeños irse a dormir solos en la oscuridad. La necesidad de un brazo querido —el deseo de escuchar una voz familiar— cuando despiertan gritando y no encuentran a nadie para consolarlos, es un golpe terrible para sus pobres nervios. Dejarles la luz prendida hasta la medianoche, en esas horas insalubres, como las llaman, es —y tengo la satisfacción de decirlo desde un punto de vista médico— el mejor cuidado al respecto. Esa detestable ilustración, como he dicho, le daba fascinación a mis sueños —si se les puede llamar así— pues el escenario en que invariablemente se desarrollaban era mi cuarto. Si no me hubiese topado nunca con ese dibujo, los temores se hubiesen presentado bajo una u otra forma—

“un oso sin cabeza, un negro, o un mono—

pero, de la manera en que sucedió, mi imaginación adoptó esa forma. No es el libro, ni la figura, ni las historias de los criados, las que producen estos terrores en los niños. Cuando mucho, sólo les dan un sentido. Nuestro querido TH quien entre todos los niños creció con la más escrupulosa exclusión de toda clase de supersticiones —a quien nunca se le dejó escuchar sobre fantasmas o aparecidos y a quien apenas se le habló de hombres malos, o se le dejó leer o escuchar historias desgraciadas— encuentra todo este mundo de temores, del que tan estrictamente fue excluido *ab extra*, en sus propias fantasías, y desde su pequeña almohada, este niño criado en el optimismo empezará a crear formas, ajenas a toda tradición, en medio de fiebres ante las cuales todas las pesadillas de los criminales encarcelados parecen sueños tranquilos.

Gorgonas e hidras y quimeras —esas ominosas historias de Celaeno y las harpias— pueden reproducirse a sí mismas en los cerebros supersticiosos, pero existían ahí desde antes. Son transcripciones, tipos —los arquetipos existen entre nosotros, y son eternos. ¿De qué otra manera la recitación de aquello que en vigilia consideramos falso, puede afectarnos a todos?—

Nombres cuyo sentido no vemos
nos atemorizan con cosas que no pueden ser

¿Es que algunos objetos nos hacen concebir naturalmente el terror, considerando su capacidad de infligirnos un daño físi-



co? ¡Oh, si al menos fuera eso! Pero la existencia de esos terrores es mucho más antigua. Datan de más allá del cuerpo —incluso sin cuerpo serían lo mismo. Todos los crueles y atormentados demonios que Dante define —esos demonios obstinados en quemar, desgarrar, asfixiar y mutilar— representan apenas la mitad del miedo que siente el espíritu del hombre ante la simple idea de ser perseguido por un espíritu descarnado—

Como uno que en un camino solitario
camina asustado y temeroso,
siempre derecho, derecho,
sin atreverse a voltear la cabeza
porque conoce a un espíritu maligno
que camina cerca, detrás de él.¹

La clase de temor que hemos tratado aquí es puramente espiritual —y el que en proporción sea tan fuerte como su carencia de sentido en el mundo y predomina en el período inmaculado de la infancia —son dificultades cuya solución puede ser encontrada en una probable mirada hacia nuestra condición anterior a la creación del mundo, asomándonos al menos a la tierra sombría de la pre-existencia.

Desde hace tiempo, mis fantasías nocturnas han dejado de afligirme. Confieso que ocasionalmente he tenido una pesadilla, pero no sigo, como en mi niñez, manteniendo la cuenta. Los rostros malignos, cuando la vela se ha apagado, pueden venir y mirarme, pero sé que se trata de fantasías, aunque no pueda eludir su presencia, y discuto y peleo con ellas. Para demérito de mi imaginación, me siento casi avergonzado de decir qué mansos y prosaicos se han vuelto mis sueños. Nunca son románticos y raramente bellos paisajes. Se componen de arquitectura y edificios —ciudades atestadas que nunca he visto, y que difícilmente podría desear ver. He viajado, bajo la aparente distancia de los días, por Roma, Amsterdam, París, Lisboa —por sus palacios, iglesias, plazas, mercados, tiendas, suburbios, ruinas, con una inefable sensación de deleite— como un mapa donde se distinguen las huellas y una vividez de visión, que podía ser todo menos estar despierto. He viajado por las cataratas de Westmoreland —para mí tan grandes y bellas como los Alpes— pero son objetos demasiado poderosos para asirlos en sueños; y me he despertado una y otra vez con una infructuosa lucha del ojo interno por reconstruir de cualquier manera la forma de Hellvelyn. Y aunque me soñaba en ese país, las montañas se habían ido. La pobreza de mis sueños me mortifica. Coleridge, por ejemplo, puede conjurar a voluntad enormes cúpulas de hielo, y casas de placer para Kubla Khan, y doncellas abisinias, y cantos de Abara, y cavernas

Donde corre Alph, el río sagrado

para solaz de sus noches solitarias, cuando yo ni siquiera puedo rascar el moho de un violín. Barry Cornwall tiene sus tritones y nereidas danzando ante él en sus visiones nocturnas y adorando a los hijos de Neptuno, cuando mi estrecha actividad imaginativa difícilmente puede, durante la noche, invocar el fantasma de una pescadora. Para exponer mejor mis fallas bajo una luz mortificante, fue después de leer el noble sueño de este poeta, que mi fantasía se fortificó con esas imágenes marinas y el pobre poder plástico que poseo, tal cual es, se puso a trabajar para alegrar mis tristezas esa noche con

algo parecido a un sueño. Imaginaba estar sobre las olas del océano en algunas nupcias marinas, montado en una enorme concha, con el acostumbrado desfile de bestias marinas ante mí (yo era, pueden estar seguros, el *dios que conducía*) y nos fuimos alegremente hasta altamar, justo hasta el lugar en que Ino Leucocia debe haberme saludado (creo que fue Ino) con un blanco abrazo, mientras las olas se tranquilizaban gradualmente, pasando de un mar violento a un mar sereno, y transformándose luego en la corriente de un río, y ese río (como sucede en la familiaridad de los sueños) no era otro que el gentil Támesis, que me depositaba en tierra, después de flotar suavemente sobre una o dos olas, solo, a salvo y sin ninguna gloria, en alguna parte a los pies del palacio de Lambeth.

El grado de creatividad del alma durante el sueño no puede adornar el criterio fantástico de la cantidad de facultades poéticas residentes en esa misma alma durante la vigilia. Un anciano caballero, amigo mío, humorista, acostumbraba llevar esta idea tan lejos, que cuando veía a cualquier mozalbete con ambiciones de llegar a ser poeta, la primera pregunta que le hacía era —“Joven amigo, ¿qué clase de sueños tiene?” Tengo tanta fe en la teoría de mi viejo camarada, que cuando siento que la pereza vuelve a mí, me sumerjo en la prosa, mi elemento natural, recordando a aquellas elusivas nereidas, y ese desdichado arribo a tierra.

DE LOS ÚLTIMOS ENSAYOS DE ELIA

LA SALUD DEL VERDADERO GENIO

Lejos de la posición que cree poseer la verdad respecto a que el gran ingenio (o genio, según la manera moderna de hablar) tiene necesariamente relación con la locura, en los más grandes ingenios, por el contrario, se encontrará siempre a los más cuerdos escritores. Es imposible a nuestro pensamiento concebir a un Shakespeare loco. La grandeza de ingenio, por la cual debe entenderse aquí principalmente al talento poético, se manifiesta a sí misma en el admirable balance de todas las facultades. Mientras que la locura es la extensión desproporcionada o el exceso de cualquiera de ellas. “Un ingenio tan poderoso”, dice Cowley hablando de un amigo poético

“—le dio la Naturaleza
que su juicio triunfó sobre todas las cosas
igual que la divina luna
templando al poderoso mar durante la noche.”

El terreno de la confusión se debe a que, los hombres, al encontrar en los raptos de la gran poesía una condición de exaltación, ante la cual no tienen paralelo en su propia experiencia, aparte de la espuria semejanza que tienen los sueños y los delirios, imputan un estado de sueño y delirio al poeta. Pero el verdadero poeta sueña despierto. No es poseído por su tema, sino que lo domina. En los surcos del Edén, camina con tanta familiaridad como en su tierra nativa. Ascende al cielo empíreo y no se intoxica. Camina sobre el gredal ardiente sin desmayo, vuela sin perderse a través de los reinos del caos “y la antigua noche”. O si, abandonándose a sí mismo al áspero caos de una “mente humana desacorde”, se contenta con compartir su locura con Lear, o con odiar a la humanidad (una forma de locura) como Timon, no es esa locura, ni la misantropía desenfrenada, sino que tiene a su mejor genio murmurándole al oído, junto a Kent el sirviente sugiriendo sanos consejos, o junto al honesto mayordomo Flavio

¹ *El viejo marinero*, de Coleridge.



recomendando bondadosas resoluciones. Donde parece alejarse más de la humanidad, se le encontrará más unido a ella. Si él convoca posibles existencias, de más allá del paisaje de la Naturaleza, las subyuga a las leyes de su consistencia. Pues es hermosamente leal esa directriz soberana, incluso cuando aparenta traicionarla o abandonarla. Su raza ideal se somete a la política; sus propios monstruos son domados por su mano, incluso los más salvajes, como ese monstruo marino pastoreado por Proteo. Los domo y los dota con los atributos de la sangre y de la carne, hasta que se asombran de sí mismos, como esos indígenas isleños forzados a someterse a la vestimenta europea. Calibán, las brujas, son tan verdaderos ante las leyes de su propia naturaleza (la misma que la nuestra, con una diferencia), como Oteló, Hamlet y Macbeth. Los grandes y los pequeños ingenios se distinguen en que, si los últimos se atreven siquiera un poco de la naturaleza o de su actual existencia, se pierden a sí mismos y con ellos a sus lectores. Sus fantasmas son inconsistentes y sus visiones pesadillas. No crean, lo que implica dar forma y consistencia. Sus imaginaciones no son activas —pues ser activo es dotar a algo de acto y forma— sino pasivas, como hombres en sueños enfermos. En vez de lo sobrenatural, o de algo añadido a lo que sabemos de la naturaleza, nos ofrecen llanamente lo no-natural. Aunque si esto fuera todo y esas alucinaciones mentales fueran descubribles sólo en el tratamiento de los temas que se apartan de lo natural, o que lo trascienden, su juicio podría ser perdonado mediante una apología, si se volviera desordenado y un poco jugueteón. Pero incluso en la descripción de la vida real y cotidiana, que está ante sus ojos, uno de estos ingenios menores podría desviarse de lo natural —y mostrar claramente esa inconsecuencia que tiene una relación natural con la locura— mucho más que un gran genio en sus más “chiflados accesos”, como ha dicho Withers en alguna parte. Nos dirigimos a cualquiera que esté familiarizado con el desarrollo común de las novelas de Lane —tal como eran hace veinte o treinta años atrás— esas magras viandas intelectuales de público absolutamente femenino, hasta que felizmente surgió un genio mejor y expulsó para siempre a tan poco nutritivos fantasmas —ya sea que no haya encontrado su cerebro más “agitado”, su memoria más fragmentada, su sentido de cuándo y dónde más confundido, entre los hechos improbables, los incidentes incoherentes, los inconsistentes personajes o no-personajes, de alguna intriga amorosa de tercera categoría —donde los personajes deban ser un Lord Glendamour y una Miss Rivers y la escena sólo alterne entre la calle Bath y la calle Bond— induciendo un sueño más descarriado sobre él, que el que haya sentido vagando por las bellas tierras de Spenser. En las producciones a que nos referimos, nada excepto los nombres y los lugares nos son familiares; los personajes no son de este mundo ni de ningún otro concebible; un hilo infinito de actos sin propósito, de propósitos carentes de motivo —encontramos fantasmas en nuestros paseos familiares, *caprichos* apenas bautizados. En el poeta encontramos nombres que advierten la ficción; y no tenemos absolutamente ningún lugar para las cosas y personajes de la Reina Encantada, para no hablar de su “ambiente”. Pero en su naturaleza íntima y según las leyes de sus acciones y palabras, estamos como en casa y en un terreno habitual. El uno convierte a la vida en un sueño; el otro confiere a los sueños más salvajes la sobriedad de las ocurrencias cotidianas. ¿Mediante qué sutil arte de rastrear los procesos mentales se lleva esto a cabo? No somos filósofos para explicarlo, pero en ese bello episodio en la cueva del Dios de la riqueza, en el que el dios

aparece primero bajo la forma de un mendigo, luego se convierte en un orfebre y finalmente se convierte en el dios de todos los tesoros del mundo, y tiene una hija, Ambición, ante la cual todo el mundo implora favores —con la fruta de Héspero, las aguas del Tántalo, con Pilatos lavando sus manos vanidosamente, aunque no impertinentemente, en la misma corriente— nos encontramos por un momento en la cueva de un anciano acumulador de tesoros, e inmediatamente después en la fragua de los cíclopes, en un palacio e incluso en el infierno, todo al mismo tiempo, sin la capacidad ni la voluntad suficiente para detectar la falacia, —lo que es una prueba de esa oculta cordura que guía al poeta en sus aparentes aberraciones.

No basta decir que el episodio entero es una copia de las concepciones de la mente durante el sueño, aunque lo es de algún modo, pero ¡qué copia! Dejemos que nosotros los románticos, que hemos sido entretenidos toda la noche con el espectáculo de una visión salvaje y magnificante, la recombina por la mañana, y la juzguemos a la luz del día. Lo que parecía tan cambiante, y sin embargo tan coherente, mientras nuestras facultades permanecían pasivas, examinado fríamente, parecería tan irracional e inverosímil, que nos avergonzaríamos de haber disfrutado tanto y de haber confundido, como en un sueño, a un monstruo con un dios. Pero las transiciones en este episodio son en cada punto tan violentas como en el más extravagante sueño, y sin embargo los juicios de la vigilia las ratifican.

LA MANERA ELEGANTE DE ESCRIBIR

Es por todos bien sabido, que mi señor Lord Shattisbury y Sir William Temple, son modelos de la manera elegante de escribir. Sería mejor decir, del estilo señorial y gentil. Nada puede ser más distinto que las infladas y delicadas rapsodias de Shattisbury, y la narración sencilla y natural de Temple. El hombre de rango es discernible en ambos escritores; pero en uno se encuentra graciosamente insinuado, y en el otro se mantiene resueltamente a la ofensiva. El primero parece haber escrito con la corona puesta, con su manto real extendido ante él; el plebeyo desnudo sentado en su trono. ¿Qué puede ser más placentero que la manera en que el político retirado se asoma en los ensayos, escritos posteriormente en su delicioso refugio en Shene? Todavía conservan los olores de Nimeguen y sus cortes. Es raro que una autoridad reproduzca las palabras de un embajador; don Francisco de Melo, un “enviado de Portugal en Inglaterra”, le cuenta que es frecuente entre los hombres de su país, desgastados por los años o alguna otra forma de decadencia, y sin esperanzas de vivir más de uno o dos años, embarcarse a Brasil, y después de su llegada, vivir largamente, a veces por veinte años o treinta, o incluso más, merced al vigor que han recuperado con el cambio. “El que tal efecto (añade Temple con un toque de belleza) pueda provenir del aire, o de los frutos de ese clima, o por la cercanía del sol, que es la fuente de toda luz y calor, cuando el calor de los hombres ha decaído tanto, o el que la parte restante de la vida de un anciano valga soportar las penurias de la travesía, es algo que yo no podría decir; quizá la obra no valga el desgaste de la vela.” —“Monsieur Pomponne, embajador francés (en la época de Sir William) en las cortes”, que jamás en su vida había escuchado de ningún hombre en Francia que llegara a los cien años de edad, limitación de la vida que los ancianos caballeros imputaban a las excelencias de su clima, confiriéndose a sí mismos una vivacidad de humor y temperamento, que los disponía a ma-



yor cantidad de placeres de todos tipos que en otros países, y moralizaban sobre el hecho sensiblemente. El conde "Roberto de Leicester" se adornaba contando la historia de una Condesa de Desmond, quien se casó fuera de Inglaterra durante el cuarto reinado de Eduardo, y quien vivía lejos en el reino del rey Jaime, esa "misma noble persona" le contó cómo tal año, en el mismo reino, llegó un grupo de bailarines compuesto de diez danzantes, una doncella llamada Marian, y un tamborilero y flautista; y cómo estos doce, uno con otro, llegaron a vivir ciento veinte años. "No significa mucho (decía Temple) el que tantos en una región tan pequeña (Herefordshire) hallan llegado a tal edad, cuando se mantenían con el suficiente humor y vigor para viajar y bailar. "Monsieur Zullichem", uno de sus "colegas en las cortes", le informa de una cura para la gota que es confirmada luego por otro embajador, Monsieur Serinchamps, que había seguido el tratamiento. El anciano Maurice de Nassau le recomienda el uso de hamacas para aliviar la pena, descansando un rato, y engañando el dolor gracias a "el constante movimiento o balanceo de estas camas aéreas". El conde Egmont y el caballero Raingrave quien "murió asesinado el verano pasado antes de Maesticht", le imparten sus experiencias.

Pero el rango del escritor nunca se revela con tanta inocencia como cuando acepta como ciertas las alabanzas que los extranjeros le brindan a sus árboles frutales. Por el gusto y la perfección de lo que nosotros estimamos lo mejor, él puede decir que el francés, quien comió sus duraznos y uvas en Shene en un año afortunado, concluyó generalizando que estas últimas eran tan buenas como las que había comido en Francia en la región de Fontainebleau, y las primeras tan buenas como cualquiera de las que hubiera probado en la Gasconia. Los italianos alegan que sus higos blancos son igualmente buenos en cualquier región de Italia, donde se dan con frecuencia esa clase de higos, pues los de otra clase, y especialmente los azules, no pueden darse en climas templados, como sucede con la uva producida en Frontignac o Muscat. Sus naranjos también, son tan grandes como cualquiera de los que vio en su juventud en Francia, excepto aquellos de Fontainebleau, o los de los Países Bajos, aparte de unos muy antiguos del Príncipe de la Naranja. En cuanto a las uvas, él

tuvo el honor de ofrecer cuatro tipos diferentes de ella a Inglaterra, las cuales enumera, y que supone comunes en esa época entre algunos hortelanos de su vecindario, lo mismo que entre muchas personas de categoría; pues siempre pensó que todas las cosas de este tipo "son mejores mientras más comunes". La pedantería de hortelano con que aseveraba que para el pequeño propósito de plantar cualquiera de las mejores frutas, como duraznos o uvas, difícilmente se darían más allá de Northamptonshire, hacia el norte, y elogiaba al "Obispo de Munster en Cosevelt", por no intentar sembrar nada excepto cerezas en ese clima frío; lo cual es igualmente satisfactorio y apropiado. "Quizá" (finaliza diciendo en su delicado *Ensayo sobre horticultura*, en un pasaje tan valioso como cualquiera de Cowley) "me sería permitido saber algo sobre el negocio, puesto que desde hace mucho tiempo me he permitido no dedicarme a nada más, cosa que pocos hombres harán para gozar de sus huertos, sin mirar con frecuencia en todas direcciones para ver cómo crecen otros cultivos, cómo germinan, y cuáles pueden trasladar a otros ambientes. Por mi parte, como la vida campestre, y particularmente esta parte de ella, constituyó la inclinación de mi juventud misma, se ha vuelto el placer de mi edad; y verdaderamente puedo decir que, entre muchos grandiosos empleos que he tenido, de los cuales ninguno he buscado o pedido, pero de los cuales he intentado escapar con frecuencia hacia la comodidad y libertad de una vida privada, donde un hombre puede seguir su propio camino por su propio pie a través de las sendas y círculos comunes de la vida. La forma de saber si una elección es buena, es observar si a un hombre le gusta lo que ha escogido, bendición que agradezco a Dios haberme dado y, a pesar de las tonterías de mi vida, de las cuales construir y plantar no han sido las menores, y que me han costado más de lo que supuse, han sido sin embargo plenamente recompensadas por la dulzura y satisfacción de este retiro, donde, desde que tomé la resolución de no volver a aceptar jamás un empleo público, he pasado más de cinco años sin tener que ir una sola vez al pueblo, pese a que lo tengo casi a la vista, y con una casa siempre lista a recibirme. No se trata de ninguna clase de afición, como algunos lo han pensado, sino de un simple deseo o inclinación a hacer un pequeño cambio; pues cuando me encuentro en este pequeño rincón, puedo decir sinceramente con Horacio: *Me quoties reficit*, etcétera.

Yo, cuando la fría corriente del río revive,
¿Qué cree mi amigo que pienso o pido?
Déjame poseer menos para vivir lo que de la vida
permanece en mí mismo.
Puedo tener suficientes libros, y provisiones para un año
Para no depender de cada incierta hora.
Esto es todo lo que pido al poderoso Júpiter
Quien, a su voluntad, nos da o nos quita.

Los escritos de Temple buscan, en general, imitar esta actitud. En una ocasión incluso, su ingenio, que en gran medida tiende a la naturaleza y a la ternura, lo indujo a una cadena de afortunadas antítesis, las que, es obvio remarcarlo, han servido como modelo a Addison y a otros exitosos ensayistas. "¿Quién no sería mezquino y con razón", decía, "si la salud pudiera comprarse con oro? ¿Quién no sería ambicioso si pudiera hacerlo mediante una orden o restaurarlo mediante el honor? Pero, ¡ay!, un bastón blanco no ayuda a caminar a los pies mejor que un bastón común, ni una venda azul ayuda a curar una herida mejor que un filete. El brillo del oro, o de los diamantes, no haría sino herir más a los ojos enfermos en



vez de curarlo, y un dolor de cabeza no se aliviaría con una corona mejor que con una gorra de dormir común y corriente". Con mucho mejor estilo, y más acorde a su humor y sencillez, encontramos las frases finales de su "Discurso sobre la poesía". Temple tomó parte en la controversia sobre el aprendizaje antiguo y moderno y, con esa parcialidad tan graciosa y natural en un hombre viejo, cuyas convicciones le han dejado poco tiempo para asomarse a mirar las nuevas ideas, en tanto que su retiro le dio la oportunidad de revisar los estudios clásicos de su juventud, decidió a favor de la educación moderna. "Es cierto", decía, "que, ya sea por la ferocidad del humor gótico, o que el ruido de sus perpetuas guerras no permitían escucharlas, o que la desigual mezcla de las lenguas modernas no pudieran soportarlo, las grandes alturas y la excelencia tanto de la poesía como de la música se derrumbaron con la educación romana y la caída del imperio, sin recuperar jamás, desde entonces, la admiración y los aplausos que antes despertaban. Sin embargo, tal y como existen entre nosotros, deben ser admitidas como las más dulces y refinadas, las más generales y las más divertidas de todos los tiempos. Todavía ocupan un sitio en las cortes de los príncipes, lo mismo que en las cabañas de los pastores. Sirven para revivir y animar esa calma chicha de las vidas pobres o perezosas, y para aliviar o relajar las violentas pasiones y perturbaciones de los más grandes hombres así como de los más ocupados. Ambos efectos son de igual utilidad para la vida humana, pues la mente del hombre es como el mar, que no es agradable para el espectador ni para el viajero en calma o en tormenta, pero lo es para ambos cuando se encuentra un poco agitado por vientos frescos, y así la mente, cuando se encuentra movida por dulces y gentiles pasiones o afectos. Sé muy bien que muchos que pretenden ser sabios bajo la apariencia de su seriedad, en realidad desprecian tanto a la poesía como a la música, como si fuesen juguetes o trivialidades demasiado ligeras para el uso o entretenimiento de los hombres serios. Pero aquellos que son insensibles a sus encantos harían bien, creo, en seguir su propio consejo, por temor a reprobar su propio temperamento, y poner la bondad de su naturaleza, si no de su inteligencia, en duda. Mientras dure este mundo dudo de todo excepto del placer, y deseo que estos dos entretenimientos se conserven hasta el fin; y felices quienes se contentan con estos placeres, o con cualquier otro igualmente sencillo e inocente, y no perturban al mundo ni a otros hombres aunque no puedan estar en paz consigo mismos, aunque nadie los haya herido".

"Cuando todo está hecho (concluye), la vida humana alcanza su mejor y más alto punto, pero como un niño latoso con el que hay que jugar y hacer reír un rato para mantenerlo quieto, hasta que se duerme, y entonces el cuidado termina."

DE FALACIAS POPULARES

QUE UN VALENTÓN ES SIEMPRE UN COBARDE

Este axioma contiene un principio de compensación, que nos dispone a admirar su verdad. Pero no podemos tener ninguna confianza en los diccionarios y las definiciones. Así que tenemos que caer voluntariamente en este lenguaje popular, si no encontramos algunas veces *brutalidad* torpemente acoplada a *valor* en el mismo vocabulario. Los escritores cómicos, con su justicia poética, han contribuido en no poca medida

a confundirnos respecto a este punto. Ver a un fanfarrón expuesto y golpeado sobre un escenario, tiene algo de maravillosamente divertido. El que algunas gentes compartan el espíritu de los animales es degradante y penoso. No tienen la fuerza suficiente para producir un vapor o para dar al viento una tolerable fuerza. A ellos les encanta que les digan que la insolencia no es parte del valor. El verdadero valor para ellos es el menos ruidoso e importuno. Pero confrontemos a uno de estos silenciosos héroes con los valentones de la vida real, y la confianza en su teoría se desvanece rápidamente. Su teoría no significa necesariamente que no actúen. Una conducta modesta e inofensiva no forzosamente implica valor, ni tampoco la ausencia de ella nos justifica para negar esa cualidad. Hickman buscaba la modestia —no nos referimos a aquel de Clarissa— pero, ¿quién dudó jamás de su valor? Incluso los poetas —entre quienes esta equitativa distribución de cualidades debiera ser más obligada— piensan que va de acuerdo a la naturaleza apartarse de las reglas en ocasiones. Harapha en "Los Combatientes", es un valentón de acuerdo a las nociones que nos da la obra. Milton lo ha hecho al mismo tiempo un bravucón, gigante y cobarde. Pero Almanzor, de Dryden, habla de luchar contra ejércitos enteros él solo, enfrentándose a uno por uno —y lo hace. Tom Brown ofrecía una mirada mucho más perspicaz sobre este tipo de personajes que cualquier otro de sus predecesores. Dividía la victoria más equitativamente, y permitía a su héroe una suerte de preeminencia "a medias": "Ese día, Dawson el valentón fue pateado por la mitad del pueblo, y la mitad del pueblo fue pateado por Dawson el valentón." Ésta sí que era justicia distributiva.

QUE SUFICIENTE ES TAN BUENO COMO UN FESTÍN

No existe ningún hombre, mujer o niño en diez millas a la redonda en Guildhall que realmente crea este dicho. Ni siquiera el mismo que lo inventó lo creía. Alguien lo hizo en revancha, probablemente alguien decepcionado de un regalo. Es un vil sofisma igual a un pedazo-frío-de-carnero; una mentira encajada en el paladar, que conoce mejores cosas. Si no se pudiera decir nada más acerca de un festín, esto sería suficiente: de los restos del festín siempre queda algo para el día siguiente. Interpretado moralmente, este proverbio pertenece a los de esa clase que tienden a hacernos despreciar *el dinero*. A esta clase pertenecen estas notables observaciones: que el dinero no da la salud; los ricos no pueden comprarlo todo, etc. La metáfora que convierte al dinero en mierda, con la moralidad que dibuja finos vestidos en el lomo de las ovejas y denuncia a la perla como la abominable excrecencia de la ostra. De aquí, también, la frase que imputa suciedad a la tierra —una sofistería tan desfachatada, que aún en sentido literal sólo es cierta en la temporada de lluvias. Ésta, y la abundancia de miradas sabias para inculcar *contento*, han sido, de veras así lo creemos, invenciones de algún mañoso pedigueño que tenía planes para la bolsa de su vecino rico, a quien sólo podía esperar engañar a fuerza de juegos de palabras. Trasladen cualquiera de estos dichos fuera de la artística metonimia que los envuelve, y el truco se descubre. Deliciosas piernas y costillas de carnero, espíritu alegre, libros, pinturas, la oportunidad de conocer países extranjeros, independencia, tranquilidad del corazón, el tiempo de un hombre, libre para su disfrute, no son mierda —por mucho que nos agrade escandalizar con ese apelativo a los metales que nos conceden tales placeres.